TRIBUNA

ANTE LAS ELECCIONES DEL DOMINGO

Las elecciones municipales son potencialmente más importantes que las generales, ya que podrían alumbrar una democracia de proximidad alternativa a la representativa

La anulación de lo local

Isidoro Moreno Navarro
CATEDRÁTICO DE ANTROPOLOGÍA DE LA UNIVERSIDADDE SEVILLA

EXISTE un consenso cada vez mayor, entre quienes analizan críticamente los efectos devastadores sobre la democracia de la Globalización Mercantilista, en que es en el nivel "local", tanto municipal como nacionalitario o regional, donde sería posible el comienzo de la reconquista de la dimensión política: de la cualidad de ciudadanos por parte de quienes hemos sido convertidos en simples consumidores, no sólo de mercancías sino también de votos tras campañas publicitarias que deberían ofender la inteligencia de cuantos no se hallen ya sumergidos en el *pensamiento cero* que caracteriza a la supuesta sociedad del conocimiento y de la información en que nos dicen vivimos.

Los actuales estados, cedidas las competencias en política económica a las instituciones de la Globalización (Banco Mundial, Banco Central Europeo, Fondo Monetario Internacional, Organización Mundial del Comercio), se han vaciado de ámbitos claves de la que sigue siendo llamada, con manifiesta inadecuación, "soberanía nacional", a la vez que los gobiernos refuerzan sus capacidades represivas, físicas y legales, contra las diversas disidencias. A nivel global y estatal, las decisiones políticas más importantes no se toman ya en parlamentos y gobiernos sino en las instancias citadas, que no están sujetas, ni siquiera en teoría, al más mínimo control democrático. Es esto lo que explica que sólo afecte a aspectos secundarios cual sea el partido o partidos gobernantes: sean de derechas o se denominen de izquierda han de hacer, en lo fundamental, una misma política: privatizaciones, precarización y desregulación del empleo, cambios legales para facilitar los beneficios de las grandes corporaciones transnacionales, recortes de derechos sociales y cívicos, obstáculos a la inmigración y la multiculturalidad...

En este contexto, es erróneo pensar que la regeneración democrática, la reconquista de la capacidad de control por parte de los ciudadanos sobre las decisiones que más nos afectan, puede comenzar por el ámbito estatal y dentro del actual sistema de partidos. Y ello, por la razón evidente de que éstos han aceptado previamente unas reglas del juego, las de la Globalización del Mercado, asumiendo, o aspirando a asumir, el papel de gestores de las decisiones tomadas en las instituciones supraestatales y "extrapolíticas" que gobiernan realmente nuestro mundo. Es esto lo que convierte el nivel local –municipal y autonómico– en el único escenario posible de resistencia a la acción devastadora y deshumanizadora de la Globalización; en el lugar clave para iniciar ensayos de una democracia participativa que primero complemente y a más largo plazo pueda sustituir al actual modelo de "democracia de baja intensidad" basado en la dejación del derecho democrático fundamental de intervenir de forma permanente en las discusiones, tomas de decisión y control de los asuntos públicos.

En contra de la lógica que se nos quiere obligar a interiorizar, las elecciones municipales y autonómicas son hoy, potencialmente, más importantes que las generales, ya que podrían generar una "democracia de proximidad" alternativa a esa dejación democrática en que consiste hoy la llamada "democracia representativa". Es por esto, precisamente, por lo que al actual sistema de partidos –que funciona sobre la base de esa dejación– le interesa despotenciarlas, convertirlas en meros ensayos o *primarias* de las generales. El objetivo es anular las potencialidades de lo local haciendo que lo autonómico y municipal reproduzca, a escala reducida, lo estatal y lo global, es decir, el *statu quo*. De ahí que no se plantee, o quede en muy segundo plano, el debate sobre los modelos de ciudad y sus problemas, ni sobre cómo generar una verdadera democracia participativa (que no consiste en la fácilmente manipulable "democracia asamblearia", ni simplemente en la celebración de referendos sobre temas puntuales).

Es este objetivo de presentar siempre lo local como algo de importancia menor el que explica, por ejemplo, que el candidato y actual alcalde de Sevilla sea, en el mitin central de *su* campaña, el telonero del telonero del candidato de su partido en las elecciones generales de dentro de un año, y que ello se vea como algo natural. Todo está atado y bien atado para que, una vez más, las potencialidades de lo local sean anuladas por los administradores estatales de los intereses globales y por quienes aspiran a serlo. Una vez más, no votar –que es una opción tan democrática y legítima como ir a las urnas– o depositar un sobre vacío, o sea votar en blanco, va a ser, para algunos o muchos, la forma consciente y pacífica de explicitar la denuncia ante esta desnaturalización. Aunque ello tampoco debería defenderse doctrinariamente: en los casos en que, por una mínima higiene, sea prioritario impedir que triunfen corruptos evidentes o cómplices declarados de crímenes de guerra o terrorismo, lo más conveniente puede ser, manteniendo el análisis, ejercer el pragmatismo de votar a la contra.

el mirador

Desdén

Félix Bayón

NO hay farola en España de la que no cuelgue estos días la foto de un candidato sonriente. Cruzan las calles caravanas ruidosas pidiendo el voto. Los mítines se asoman continuamente en la tele. Los que tienen poder celebran inauguraciones. Las juntas electorales tratan de contener la marea de desvergüenza, cada vez más crecida, cada vez más extendida.

En este país es raro el año en el que no hay elecciones municipales, autonómicas, generales o europeas. De hecho, cualquiera diría que desde 1993 vivimos en plena campaña electoral. Ése fue el año en el que el PP creyó llegar a la Moncloa y no llegó. De aquel enfurruñamiento aún somos deudores: de entonces parte ese mal estilo que impregna la política española.

Son días de encuestas, de jugar con hipotéticas coaliciones. Pero no todas las encuestas son electorales. La Universidad de Granada ha preguntado a los andaluces cuál es su interés por la política: el 80 por ciento ha dejado dicho que tiene un interés escaso o nulo. Quién nos lo iba a decir. Pero siempre queda la duda: ¿los encuestados dicen la verdad?

Es posible que el desinterés por la política esté tan extendido como dice la encuesta. O, quizá, simplemente, la gente dice que no le interesa la política porque considera que así queda mejor. No es raro: si se les preguntara cuál es su canal de televisión favorito contestarían, probablemente, que La 2.

Es normal que la gente considere la política como una tarea indigna: los propios políticos desprestigian su trabajo cuando señalan a un rival y le acusan de politizar un asunto. En esto fue pionero el general Franco, que un día le aconsejó a nuestro paisano José María Pemán: "Don José María, haga usted como yo. No se meta en política".

Pero una cosa es la valoración que se puede hacer de una actividad y otra, muy distinta, el interés que esta actividad puede suscitar. Es probable que la mayor parte de la ciudadanía comparta una mala opinión sobre la política, pero no tengo tan claro que esa mala opinión se convierta en desdén, en desinterés. Si así fuera, la difusión de los periódicos y las audiencias de las radios y televisiones caerían en picado en fechas como éstas. Y no es así.

Hasta el sábado de reflexión, aún nos quedan unos días de carnaval electoral. De todas las imposturas que se contemplan durante una campaña me asombra especialmente la que protagonizan los candidatos cuando deciden, por un par de semanas, convertirse en seres normales: visitan mercados, montan en autobús, pasean por los parques... Todo esto lo hacen rodeados de cámaras de televisión, que sirven para subrayar lo irreal de la situación. Si algo aprenden pronto los políticos –especialmente en este país– es a mantenerse a distancia de la plebe, que son unos desagradecidos y sólo saben lamentarse. Pero, una vez cada cuatro años, toca pasar por el suplicio de ser uno más. Para más Inri, hay que superar la prueba sin abandonar la sonrisa, aguantando impertinencias, recibiendo quejas.

Qué duro es ser político.

→recoleta@terra.es

la ciudad y los días

El demonio es el embrujo

Carlos Colón

TOMO prestado de Joseph Von Sternberg el título de su versión cinematográfica de la novela *La mujer y el pelele* de Pierre Louys –*The Devil is a Woman*– para adaptarlo a nuestra realidad y decir que, en Sevilla, el demonio es el embrujo. Al fin y al cabo, tanto la novela como la película se desarrollan en Sevilla, al igual que la novela que ayer se presentó en la Feria del Libro y motiva este comentario, *El embrujo de Sevilla* del uruguayo Carlos Reyles (1868-1938), y sus temas coincidentes son el sometimiento y la destrucción a través de la seducción. En el caso de *La mujer y el pelele* o *The Devil is a Woman* la seductora es una mujer, la temible Concha Pérez (Marlène Dietrich en la película) que esclaviza a los hombres excitándolos pero nunca entregándose a ellos, haciéndoles vivir pendientes de una promesa de posesión que nunca se cumple. En el de la novela de Reyles la seductora es la propia ciudad y la víctima, aún más que su personaje, el propio autor.

En la presentación del libro –oportunamente reeditado por el Servicio de Publicaciones del Área de Cultura del Ayuntamiento: la edición de Austral era inencontrable– González Troyano llamó la atención sobre esta cuestión : "Parece que la ciudad le fascinó hasta tal punto que el espíritu crítico que tanto había caracterizado otras de sus novelas no aparece en este libro. [...] Cuando se puso a escribir una novela sobre la ciudad recurrió al mundo de los toros, el flamenco y la Semana Santa". Si se tiene en cuenta que Reyles había protagonizado enormes escándalos en Uruguay y Argentina con la publicación de novelas naturalistas y críticas como *La raza de Caín*, no puede dejar de sorprender que, llegado a Sevilla, y aunque recoja en su novela las polémicas entre casticistas y regeneracionistas, sucumbiera a la maldición sevillana que eligió como título: el embrujo. Publicada un año después que *La ciudad* de Chaves Nogales, *El embrujo de Sevilla*, traducida al francés y al inglés y llevada al cine por Benito Perojo en 1930 con posterior distribución internacional –eran los inicios del sonoro y se rodó una versión en francés: *L'ensorcellement de Séville*–, se sumó a la incipiente literatura de idealización de la ciudad y contribuyó no poco a su difusión en la década última de creación de la mentirosa verdad de Sevilla, los fabulosos años veinte de la Exposición. Desde entonces, el drama de esta ciudad es que no tiene más verdad que su mentira.

> *La novela "El embrujo de Sevilla", reeditada por el Servicio de Publicaciones del Ayuntamiento, representa lo que es la gloria y la maldición de esta ciudad: su única verdad es su mentira.*

Les recomiendo que lean esta novela de 1922 para entender la Sevilla de 2003, aunque sea tan distinta de aquella y esté tan estéticamente degradada. Porque el embrujo, aun en este paisaje de ruinas, vulgaridad y pedantes que creen que para modernizar Sevilla hay que arrasar su historia y borrar su leyenda, aún existe. Hasta con más fuerza que antes, porque sin ni tan siquiera ser tan bella nos sigue dominando. ¡El embrujo...! Habría que decirlo como Kurtz "el horror" en *El corazón de las tinieblas*. Porque a eso que sucumbió Reyles sucumbimos todos. Y el que no lo haga, no sabe lo que se pierde.

→ccolon@diariodesevilla.es